

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

CARTA

á mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado
la Bibliotheca Græca de Fermín Didot.

Al fin llegaron... desde el turbio Sena
Que la varia y gentil ciudad divide,
Metrópoli lodosa de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria invicta,
Ultimo escollo del poder latino!
¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen
Volúmenes sin cuento: ¡qué delicia
Es recorrer sus animadas hojas!
¡Cómo á la mente atónita resurgen
Los inmortales de la edad helena!
¡Cómo habla la belleza en esos libros,
Llenando de deleites y memorias
El alma henchida de estupor sagrado!
Si el pagano escultor sintió animarse
La piedra que él en diosa transformara,
Y la sangre serpear entre las vetas
Del pario mármol, y espirar los ojos

Lumbre de vida, y rítmica palabra
De sus labios salir, y el pecho alzado
En onda de suspiros agitarse,
Y los brazos tenderle—¡insigne premio
Al vencedor artífice de Atenas!
Tal siento palpitar eterna vida
Entre las muertas hojas de esos libros,
Del tiempo y la barbarie vencedores,
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.
Ved... Homero está aquí... bélico estruendo
Del Escamando en las riberas suena;
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas
En torno de la leche, la llanura
Invaden con sus carros: allí Aquiles,
El de los pies ligeros, raudo vuela,
Agitando fatídicos corceles.
Las troyanas esposas desde el muro
Con horror le contemplan: solo Héctor
Combatirá por el Ilión sagrado;
Miradle traspasar la puerta Scea;
Andrómaca, bañada en risa y lloro,
En brazos lleva al pequeñuelo infante,
A quien asusta el yelmo empenachado
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja
Fuego voraz á las aquivas naves!
¡Ved cómo estrecha el suplicante Priamo
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,
Y cómo lleva á sus ancianos labios
La mano matadora de sus hijos!
¡Pues qué, si de la plácida *Odisea*
Vago feliz por los amenos bosques!...
Allí portentos de la docta Maga,

El Cíclope sin luz, y los verjeles
De Alcino, y de la gruta de Calipso
El umbroso frescor; allí la lucha
Del mañoso Ithacense con los vanos
De la casta Penélope amadores,
Que en balde el arco manejar querían,
Por la diestra fortísima doblado
Del hijo de Laertes! ¡Y qué escenas
De hospitalaria paz bajo los techos
Del viejo Nestor y del rey de Esparta!
¡Qué Helena tan gentil ya redimida!
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente
De cuanto bello el arte ha concebido!
De tu sol un reflejo centellea
Del jonio mar en las risueñas ondas,
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Croníus rey de tu cantar augusto
Á Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.
¿Y quién agotará su cauce al río?
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron
Líricos vates, del sagrado suelo
Bañado por las ondas de armonía,
Que de la voz de Homero se desatan,
Para fecundizar los campos griegos?
Apagadas cenizas sólo quedan
De la llama de Safo, ora á Afrodita
Quiera ablandar con métricos halagos,
Porque á sus brazos al infiel conduzca,
O ya en ardiente, voladora estrofa,
El fuego exhale que en sus venas corre,

Cuando contempla á aquel mortal dichoso,
A los eternos Dioses semejante,
Que mira frente á sí reír su amada,
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela
La oda triunfal de Píndaro, y corona
De lauro inmarcesible al noble púgil
Que huella invicto la palestra Eléa,
Entre el polvo de férvidas cuadrigas
Y los aplausos de la doria plebe,
Infundiendo las Gracias de Orcomeno
A sus miembros vigor y gallardía!
Y no de ungido luchador tan sólo
La gloria canta, más de su linaje
Y su pueblo también: que la oda inmensa
En hilo de oro engarza tierra y cielo,
Vuela del agua al sol, del sol á Jove,
Y oráculo de pueblos y Sibila,
De la justicia y sobriedad las leyes
Grata pronuncia en vividores versos.
¡Venid á mí, despedazados torsos
De estatuas inmortales: rotos himnos
De Alcéo, de Stesícoro y Simónides,
Donde aún alienta el genio en cada sílaba!
Dísticos vengadores de Tirteo,
Que del duro Lacón el pecho inflaman
En la feroz Mesénica contienda!
Y templen tal horror con dulce halago,
El himno de Baquilides suavísimo,
O la voz grave del anciano Ascréo,
O el canto pastoril siracusano,
O un enjambre de abejas, desprendidas
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante
Me parece asistir: encadenado
Miro al Titán filántropo en la roca,
Su cólera exhalando contra Zeus
En impotentes voces, mientras lo
Miserable vaga por la ardiente arena,
Y el coro de las Ninfas Oceánidas
Á tan recio dolor no halla consuelo.
Ved: bañado está en sangre el de Micenas
Alcázar opulento: de Casandra
La fatídica voz alzarse escucho;
Sigo temblando al parricida Orestes,
Cuando aún la sangre cálida gotea
De su madre infeliz: y las Euménides
No abandonan su umbral, siempre entonando
El coro vengador: él, perseguido
Por los terrores de conciencia inicua,
De gente en gente vaga: sólo encuentra
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.
Que no el choque brutal de las pasiones
Se limita á pintar el arte heleno:
Queda en el fondo del oscuro vaso
Una gota de miel: todo lo templó
La voz solemne del antiguo coro:
Religiosa emoción la mente embarga,
Al ver á Edipo ciego, desterrado,
Su carrera expiatoria ya cumplida,
Penetrar en el bosque de Colona,
Y hacer sagrada con la tumba suya
La ática tierra. ¡Imágenes risueñas
De la tragedia griega, castas vírgenes,
Antígona, Ifigenia, Polixena,

Que al dar el cuello al sacrificio infando,
Sólo el morir tan jóvenes sentais!
¡Cuál resplandece la verdad humana,
En esas puras frentes! ¡Cómo sabe
Eurípides mover los corazones,
De la cautiva Andrómaca al lamento,
Ó á los furores de la Colquia maga!
¡Cuál se despide moribunda Alceste!
¡Qué hondo terror infunde en las Bacantes
El ulular de la nocturna orgia!
¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aún en sus locos, descompuestos saltos.
¡Espíritus alegres, cuán distintos
De las negras terríficas visiones
Del yerto Septemtrión, donde el fermento
De insípida cebada, en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando!
¿Quién fantaseó de griegos y Teutones
Sacriligo consorcio? Entre la niebla
De las ásperas cumbres hiperbóreas,
Y este radiante sol que á nuestros campos
El don prodiga de la rubia Ceres
Y de Falerno el otoñal racimo,
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá á Helena
Con el Fausto casar, que imaginaba
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos

De tierra más feraz, al Mediodía
Los Bárbaros descenden: en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan,
Mas no el rudo cantar de sus montañas
Al canto de las Piérides iguallen,
Ni su filosofar caliginoso
Á aquella antigua, plácida Sofía,
Que del divo Platón, en el Convite,
Alzó la mente á contemplar el rastro
De la eterna belleza, y á expresarla
Cual nunca la expresó lengua nacida.

Esa Venus Urania, siempre joven,
Que si al sepulcro descender pudiera,
Otra vez del sepulcro se alzaría,
De juventud radiante y de hermosura,
Por la voz de Demóstenes hablaba
En el tumulto del hirviente foro:
Del cándido Herodoto se envolvía
Entre la ingenua, desatada prosa,
Y en el seco, nervioso y penetrante
Estilo de Tucídides: posaba
De la abeja del Atica en los labios
La pura esencia de las jónicas flores.
Ella enmeló las flechas de Luciano,
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,
Déspota rey de la conciencia humana,
Culto y aras le dió.

¡Las Gracias llenen,
Amigos, vuestra mente con sus dones:
Las Gracias, compañeras de la vida,
Por fácil lleven y apacible senda,
De flores adornada, vuestros pasos!

Ni me olviden á mí. Yo el don precioso
Que de vuestra amistad hora recibo,
Conservaré con diligente estudio,
Y el revolver los inspirados folios
Traeré á mi mente la memoria grata
De los caros amigos donadores.

¡Cómo olvidar á tí, que en rica prosa,
Del áureo siglo el esplendor renuevas;
Ni á tí cantor del Anahuac ingente,
Cual sus bosques espléndido y lozano;
Ni á tí por quien *El Tuerto y Tremontorio*
No envidian de Cervantes los pinceles;
Ni á tí que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas Musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy: ni á tí que á Victor Hugo
Cubriste fiel con peregrino manto,
Tejido de colores y armonías,
Volviendo á España el oriental tesoro,
Que él al Sena llevó; ni á tí que guardas
Con docto afán, en codiciado archivo,
De la vieja Cantabria los anales,
Y en rancios pergaminos escudriñas
Las olvidadas montañesas glorias;
Ni á vosotros, mis dulces compañeros
En estudioso afán; ni á los sagaces
Del comercio fructífero ministros,
Por quien nuestra ciudad es rico emporio
De los tesoros de la mar de Atlante?

¡Salve, reina del mar, Sidón ibera,
Puerto de la Victoria apellidada
Por el romano triunfador agosto,

Cuando del fuerte Cántabro imponía
El yugo á la cerviz! ¡Puerto sagrado
Por las cabezas que en tu templo guardas!
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,
Dilátense tus muelles opulentos,
Y traigan tus aligeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
Ó del café los vigilantes granos
Ó la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.

Y no olvides jamás, patria adorada,
Que fueron, como tú, de mercaderes
Cuna y albergue Rodas y Florencia;
Recuerda que el Magnífico Lorenzo
No fué educado en el feudal castillo
Que alzó el señor germano entre las ruinas
De la inmortal, helénica cultura,
Sino en la abierta, florentina lonja:
Y de aquel mercader so el regio manto
Medró la ciencia, sublimóse el arte:
La lámpara platónica encendida
Tornó á brillar en manos de Ficino,
Y del latín en las marchitas frases
El alma juvenil de Policiano
Supo infundir calor y nueva vida:
Recuerda que togados mercaderes,
Los que sus leyes al Oriente dieron,
Cuando temblaba la imperial Bizancio
Del león de San Marcos al rugido,
Ardieron en la misma noble llama:
Para ellos los Paladios y Bramantes

Alcázares suntuosos levantaron
Orillas de la Adriática laguna,
Y del ducal palacio en las techumbres
Torrentes de color vertió el Ticiano:
Que no el amor del oro allí extinguía
Del genio vividor la pura llama,
Ni ha de apagarla en tí: con larga mano
Premia el ingenio y al saber ayuda.
Ni ingenio ni saber en mí premiaste:
Sólo el intenso amor irresistible
Que hacia las letras dirigió mis años,
Y aquel amor más íntimo y potente
Á mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,
Sonando, cual arrullo, en mis oídos
Lento el rumor de su arenosa playa.

LA GALERNA DEL SÁBADO DE GLORIA

Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas:
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona,
Que ni falerna vid ni ático olivo,
Ni siciliana mies ornan sus campos,
Ni allí rebosan las colmadas trojes,
Ni rueda el mosto en el lagar hirviente:
Pero hay bosques repuestos y sombríos,
Misterioso rumor de ondas y vientos,

Tajadas hoces, y tendidos valles
Más que el heleno Tempe deleitosos,
Y cual baño de Náyades la arena
Que besa nuestro mar: y sus mugidos,
Como de fiera en coso perseguida,
Arrullo son á la gentil serrana,
Amor de Roma, y espantable al Vasco,
Pobre y altiva, y como pobre hermosa.

No es el risueño Egeo que circundan
Cual ceñidor las Cícladas marmóreas;
Ni el golfo que con dórica armonía
De Nápoles arrulla á la Sirena
Cabe la sacra tumba de Virgilio;
Ni el vago azul de la marina Jonia;
Sino el Ponto que azota á Caledonia,
Y roto entre las Hébridas resuena,
Titán cerúleo que á la yerta gente
Hace temblar en la postrera Thyle,
Y cabalga entre nieblas y borracas
Sobre el inmenso Leviathán, que nutre
Con pestífero aceite la candela
Del céltico arponero. Ni cien carros
De guerra hicieran tan horrible estruendo
En torno de Ilión, como esas olas
Cuando las peñas de Cantabria hieren.

Hoy se vuelven á alzar firmes y rudas,
En son de guerra y vencedor amago,
Á renovar el memorable estrago
Que en la Pasión de su Hacedor movieron:
Por eso es hoy más íntima y solemne
La voz de las tormentas boreales,
Mayor su indignación, cuando arrostrarlas

Osa el nauchero de piedad desnudo:
¡Ay! no verá la luz del patrio faro
Sobre el amigo cerro de la costa,
Cual mirada de Dios sobre sus hijos,
Ni su velera y triunfadora nave,
Al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo
Rota y hundida la soberbia quilla
Que oro y baldón conduce á estas arenas,
Ó el ferrado vapor, en cuyas venas
Corre savia de fuego. Allí la sangre
De nuestra raza va: sobre estos montes
Tendió la emigración sus negras alas:
Llora la esposa en el helado lecho,
Cabe el extinto hogar llora la madre,
El campo desfallece sin cultura,
Y en tórrida región nuestros mancebos
Siega la muerte: ¡que más bien perezcan
Ante las rocas del amado puerto,
Acariciados por maternas olas,
Do lleve el viento el són de las campanas
De la torre natal, á sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño
Del pescador que fatigado encuentra
Al fin de su pescar, la red vacía.
Es hijo de aquel pueblo que en tardía
Cadena domeñó la ingente Roma:
Del que á Cannas Anibal conducía,
De las madres itálicas espanto,
Terror de los Vaccéos y Autrigones:
Del que en la cruz de su triunfal suplicio
El bárbaro cantar de la victoria,

De Agripa ante las haces, entonaba.
¡Oh! ¡sálvalos, Señor! En ellos corre
Sangre de Bonifáz el de Sevilla,
Del fiero vencedor de la Rochela,
Del que trazó primero en breve carta
La soledad de los indianos mares,
Y en sus bosques logró gigante tumba,
Al impulso de arpón enherbolado.
¡Contéplalos luchar!... ¡Vana esperanza!
Que ni el llanto de madres y de esposas
Las iras quebrará del Oceano,
Ni del hado la ley adamantina.
Mas salvados serán, porque las nieblas
Del mundo material y las del alma
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,
Y es su rojiza luz benigno rayo
De un sol que animará perennes flores.
¡Salvados, sí! Desde el salobre risco
De San Pedro del Mar, un sacerdote
Les dió la bendición. Nada más grande
Ojos humanos contemplar pudieron,
Cual lo que vió la moribunda gente,
Al descender el celestial rocío
Del divino perdón sobre su frente;
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,
Entre Dios y la mar la cruz alzada,
Y descender con palmas y coronas
Las sombras de sus mártires patronos,
La de los dos celtíberos guerreros.
¡Muerte feliz, entre la paz del cielo
Y el beso de los mares! Cuando vengan
Á acariciar la conocida playa,
De barca y pescador traerán los restos

En el cendal de su tejida espuma.
Otro celebre en canto que no muera
La guerra y la ambición, peste del mundo,
Y á la fuerza brutal erija altares.
Yo diré que mis cántabros se hundieron
Con los despojos de su fiel *trainera*,
Como cae el guerrero en la batalla
Asido al asta de su enseña rota:
Y aun es más noble y santa que en el campo,
En el taller la sangre derramada
Á impulsos del martillo y de la rueda,
Ó en el cóncavo seno de los montes,
Al trueno de la pólvora deshechos,
Por donde agita sus humeantes crines
El moderno Tifón, ó en los escollos
Do cela el mar sus perlas y corales.
¡Perenne lid con la materia inerte,
Dura labor, pero victoria cierta!
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo
Ciña la palma de Elis triunfadora,
Como al atleta coronar solía!
Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
Basta á cubrir las llagas de tu pueblo
Un trozo de tu regia vestidura:
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides
Que esos del nauta sórdidos harapos,
De su viejo tugurio suspendidos,
Y por el vendaval y por los soles,
Y por el golpe de las olas rotos,
Te hicieron grande, poderosa y rica.

DON FEDERICO BALART

SALUTACIÓN

Asperas Asturias,
Que os alzáis gallardas
A la vera vera
De la mar salada;
Olas turbulentas,
Férvidas resacas
Que azotáis sus rocas
Y laméis sus playas;
Bosques rumorosos,
Prados de esmeralda
Que sacude el viento
Y acaricia el aura;
Valles apacibles,
Rígidas montañas,
Pinos de sus cumbres,
Flores de sus faldas:
Desde las llanuras
Por el sol tostadas,
De aridez cubiertas,
De verdor escasas,

— 405 —

Donde Manzanares,
Entre arenas pardas,
Su raudal mezquino
Bebe á Guadarrama,
Peregrino errante
Vine á esta comarca,
Sin vigor, sin fuerza,
Sin quietud, sin calma.

La salud del cuerpo
Sólo aquí buscaba,
Y hallo al fin con ella
La salud del alma.

Fuertes asturianos,
Bellas asturianas,
Prole fiel de aquellos
Que con noble audacia
Tras de siete siglos
De ásperas batallas,
Desde Covadonga
Fueron á Granada;
¡Dios bendiga el suelo
Que, con noble savia,
Generoso cría
Tan potente raza!
Cimas invencibles,
Peñas escarpadas,
No oprimidas nunca
De extranjera planta,
Donde cada roca,
Donde cada braña
Un esfuerzo inspira
Y un recuerdo guarda;

Tierra venturosa,
Tierra veneranda,
Cuna de valientes,
Núcleo de la patria:
Mientras en civiles
Luchas enconadas
Sus antiguas fuerzas
Pierde nuestra España;
Mientras la bandera
De carmín y gualda
Por sus propios hijos
Ve despedazada;
Mientras las naciones
Antes tributarias
Con siniestros ojos
Miran nuestra infamia,
En tus hondos valles,
En tus cumbres altas
En tus claros ríos,
En tus costas bravas,
Todo cuanto alienta,
Todo cuanto canta,
Todo cuanto puede
Conmover las almas,
Selvas, mares, fuentes,
Aves, flores, auras,
Dicen á mi oído:
«¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!»

ABATIMIENTO

¡Llegó al fin lo que el alma dolorida
Me daba por presagio!
¡Milésima ilusión desvanecida!
Milésimo naufragio!
¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes
Que la espuma blanquea!
¡Qué eterno proejar en las corrientes
Contra viento y marea!
¡Siempre, siempre huracanes desatados
Y escollos escondidos!
¡Y siempre, sobre mares ignorados,
Cielos desconocidos!
Hasta la aguja al polo dirigida
Mi cálculo burlaba,
Y, á maléfico influjo sometida,
Del rumbo me apartaba.
¡Y así he buscado el puerto, de año en año,
Siempre con vano empeño!
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!
¡Toda esperanza, sueño!
No fué sólo furor de los ciclones;
Culpa cabe al piloto:
¡Qué de velas, Señor, qué de timones
Mi torpe mano ha roto!
¡Y aun sigo, entre los duros elementos,
Sobre el hirviente abismo!
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!
¡Cansado de mí mismo!

¡Ya, en mí, cuanto descubro no provoca
Ni un temor ni un deseo:
Sólo siento subirme a la boca
La náusea del mareo.
Ni un recelo cobarde me da guerra,
Ni una ambición me anima:
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!...
¡Pero échamela encima!

FÉ

Todo, Señor, publica tu existencia,
Todo tu gloria canta;
Y, si todo enmudece, la conciencia
Tu imagen agiganta.
Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,
Ya esperanzas, ya angustias;
Su olor te dan las rosas entreabiertas
Y las violetas mustias.
Tu alabanza pregoná con su arrullo
La tórtola en la olmeda,
Y una oración te eleva en su murmullo
La trémula arboleda.
Nadie, Señor, tu enojo desafía
Ni tu ira desconoce;
Y, al quererte burlar, la hipocresía
Tu imperio reconoce.
El malo, como el bueno, al invocarte
Se somete á tu yugo;
Y aspiran á ponerte de su parte
Ya el mártir, ya el verdugo.

A tí clama, Señor, la plebe opresa
Y el déspota vencido:
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido.
Todos á tu poder se supeditan,
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan
Con razón ó sin ella;
Y, si airado nos vuelves el semblante
Con ceño furibundo,
Trepida como un seno palpitante
La redondez del mundo.
¡Sólo el sabio á dudar de tí se atreve!
¡El, con saña ferina
Ciego escupe á la fuente donde bebe
Y al sol que le ilumina!
No estudia el libro que á Moisés pasmado
Tu almo labio dictaba,
Ni el otro donde Newton admirado
Tu nombre descifraba.
Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe—¡oh vil recelo!
Ni doblar en la tierra la rodilla
Ni alzar la frente al cielo.
Si halla claras tus huellas inmortales,
Blasfemando se aleja.
Ve la miel rebosar en los panales,
¡Y aun duda de la abeja!

NOSTALGIA

Un cántico de amor y de esperanza
Hierve en mi ardiente pecho;
A tí, Señor, mi espíritu lo lanza
En lágrimas deshecho:
A las flores el llanto de la aurora
Da vida en el estío:
Las lágrimas de amor que el hombre llora,
Del alma son rocío.
¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
Diste á la pena mía,
Tornando en dulces horas de esperanza
Mis horas de agonía!
En éxtasis divino arrebatado,
Crece mi ardiente anhelo
Cada vez que contemplo embelesado
Ese libro del cielo.
Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,
Hora paso tras hora.
¡Siento una sed ardiente de infinito
Que el alma me devora!
¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
De luz y de armonía!
¡Un alma, un alma amante allí me espera,
Que hermana es de la mía!
Desde que ella voló, yo aquí cautivo,
Su ausencia estoy llorando:
¡Nueve años hace que sin alma vivo,
Por ella suspirando!

Á tí, callada tumba, á tí mi frente
Macilenta se inclina,
Como el ave del páramo á la fuente
Del agua cristalina!
¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera
Como el mar á la nube!
¡Alma, remonta el vuelo á la alta esfera!
¡Sube á los cielos, sube!

Á MEDIA NOCHE

Quizá serán delirios de mi locura,
Ó fantasmas que engendra la noche oscura;
Pero—cuando rendido tras larga vela
En que al alma doliente nada consuela,
Derramando en mis sienes letal beleño,
Mis párpados cansados entorna el sueño—
Por las oscuras sombras, ó desvarío,
Ó unas alas se agitan en torno mío.
En medio del letargo que me domina,
Un rayo misterioso mi alma ilumina;
Y, entre las vagas ondas del aire vano,
Una visión distingo de rostro humano;
Visión fascinadora que infunde al alma
Esperanza y consuelo, quietud y calma.
Dulce expresión le prestan y aspecto santo
Una cándida toca y un negro manto,
Y su pálida frente leve rodea
Una blanca aureola que centellea.
Considera piadosa mi amargo duelo;
Con la mano tendida me muestra el cielo;

Y su voz, como brisa de primavera,
Dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»

Yo conozco el aliento de aquella boca;
Yo conozco aquel manto y aquella toca,
Desde una triste noche que, delirando,
Á la luz de unos cirios pasé velando;
¡Triste noche, solemne triste velada
Que dejó el alma mía regenerada!

Dulce voz que me alientas en mi agonía,
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!
Por tus santas palabras, que fiel venero,
Resignado á mi suerte sufro y espero;
Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo;
Por tí me postro humilde bajo esa mano;
Por tí soy religioso, por tí cristiano.
Dios, que sabe la historia de mi tormento,
Por tí en mis amarguras me infunde aliento.
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,
Nunca niegues tus ecos al alma mía;
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Á mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina.

¡SURSUM CORDA!

INTRODUCCIÓN

A España.

Nunca mi labio á la servil lisonja
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso
Ni la soberbia afortunada, oyeron
Falaz encomio de mi humilde Musa.
Dióme su austeridad la honrada tierra
Donde nací, y el presuroso tiempo
Que arrastra y lleva en sus revueltas olas
Las grandezas humanas al olvido,
Á mi pesar me enseña que en el mundo
Tan sólo á dos excelsas majestades
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:
La Verdad y el Dolor.

En estas horas
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
Merece como tú la pobre ofrenda
De mi respeto y de mi amor? Postrada